

EL «PARÓN»

En zona rojo-separatista, Otoño del 36 en Pamplona. ¡Al frente!
En Vergara y trincheras de Muneta. Comienza la acción.

¡Dieciocho años a cumplir en este enero de 1937! Quedaron detrás el primer año de Derecho —huelgas, palos y tiros en las calles de Zaragoza en el caliente junio de 1936—; los días iniciales del Alzamiento, en Zarauz; el apresamiento de mi padre en la cárcel de Ondarreta —tres veces *sacado* al patio de fusilamientos—; la soledad de mi madre; las oraciones de mi hermana carmelita, y el afán, ya en Pamplona, de «salir al frente», procurando todas las molestias posibles para conseguirlo al jefe del requeté navarro, Esteban Ezcurra.

Pinceladas del recuerdo

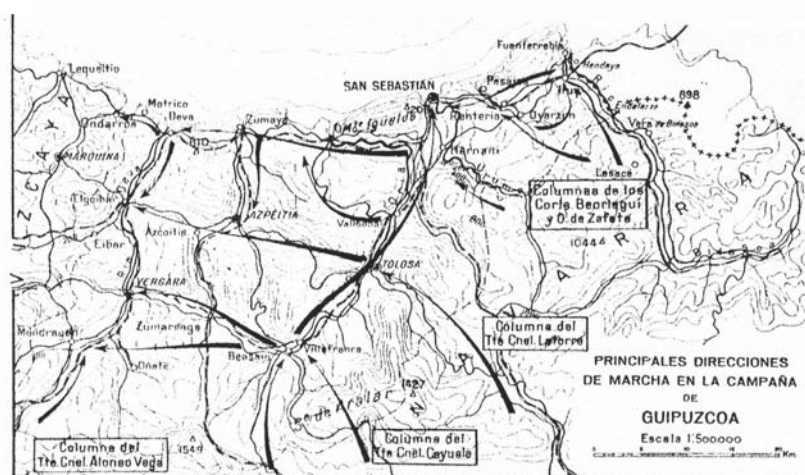
De vuelta de los exámenes de Zaragoza —1.º de Derecho en la vieja Universidad—, sin «sanfermines»; los días de playa en Zarauz, oyendo el bombardeo de los Cuarteles de Loyola, y las salvas del «Cervera» sobre San Sebastián; sol cegador en el pavonado de los fusiles de dinamiteros asturianos; y «cenetistas» y *gudaris* de Éibar desfilando en pelotones astrosos, hacia Irún primero, desde Irún después. ¡Ha llegado Irujol; ¡prisión de Honorio Maura, de Beunza, de mi ¡padre! Corro descalzo por las calles de Zarauz detrás del coche en que se llevaban a los prisioneros, encuadrados entre individuos «al tope» en armamento en un auto erizado de fusiles. «Mi jaca» y «Venta de Vargas»

— ¡buenas canciones vascas. sí señor!— en altavoces, asimismo «a tope». Pantalones cortos con destino a mi primo José Luis y a mí —que ya los llevábamos largos— para evitamos caer en las redadas en las que los veraneantes — ¡oh, buen pueblo de Zarauz!— eran conducidos en «cordadas», con picos, palas y azadones a abrir trincheras por los montes guipuzcoanos. Tarjetas de mi padre desde la cárcel de Ondarreta — «estamos bien y rezamos continuamente»— combinadas con las noticias de los diarios fusilamientos de presos. Y la gran esperanza en las tropas nacionales, «despeñadas» después de la toma de San Marcial, inundando valles, montes y pueblos ya de «cara» a Zarauz: 1 de septiembre, asalto y toma de San Marcial, donde cayó herido García Valiño al mes de escaparse de Zarauz por las montañas, y fue sustituido, como jefe del Tercio de Montejurra, por Pérez Salas; ¡5. Irún!; 12 de septiembre, asalto de Santiagomendi con el impulso resuelto de Tejero (nombres todos que han de figurar en la vanguardia de la 1.^a de Navarra); 13, San Sebastián —¡los 40 de Artajona, al mando de Ureta!—; 15, retirada desordenada de «rojos»; últimos cartuchos de dinamita en puentes, atarjeas y alcantarillas; banderas españolas en Aya; frenética carrera hacia los primeros falangistas que —casco, gorrilla y pistola ametralladora— bajaron de Aya y, cantando y por la calle, llegaron a la Plaza Mayor. Y días después, Pamplona: anochececeres en la plaza del Castillo, altavoces dando el «parte oficial»; plaza de armas de todo un ejército: soldados, requetés, falangistas, legionarios, regulares; prestigio de los heridos —recuerdo, entre ellos, dos «cadetes» del Alcázar, recién liberado, de barba adolescente y caras harinadas—; enfermeras de capas azules; margaritas con blancas boinas; noviazgos en los soportales; «Oración y Penitencia» por las madrugadas en la Iglesia de San Nicolás; ejercicios de tiro —abundaban fusiles y pistolas— en la chopera de Burlada, con «blancos» sobre el gris talud de «tarrabatán» ...

Encuadrados ya en el «Tercio de Navarra», nos llamó, a Luis M.^a Olaso y a mí, el jefe Ezcurra, ordenándonos el traslado a Vergara y el ingreso en una unidad especializada —«Tercio de Requetés de Radios de Campaña»— organizado por la Comunión Tradicionalista a fin de mostrar la eficacia de su organización militar «a la moderna». Como iniciadores, los Oriol, Fontanar, Ortiz, Goitía, Satrústegui, Figueroa, Londaiz, Brunet, Tellechea, Bianchi...; éstos iniciaron las aportaciones de material, completado más adelante por el construido en los talleres del propio Tercio con com-

ponentes adquiridos en Francia. La unidad se estaba formando en aquellos días. A lo largo de la guerra tuvo sus Compañías y Secciones adscritas a las unidades militares, como una más entre éstas: las del Ejército del Norte primero y, más adelante, en las de casi todos los ejércitos nacionales. Mandaba, el Tercio el capitán de Ingenieros don Juan Manuel Alvarez de Lorenzana. Y don Ángel Goitia, natural de Jerez, Ingeniero de Caminos, marqués de los Álamos del Guadalete, fue entonces, cuando yo me incorporé, nombrado capitán jefe de las Secciones adscritas a las Brigadas de Navarra.

«Quien manda, manda, y cartuchera al cañón». Sin obediencia al Mando no hay Milicia posible; yo oí esta versión —sin saber que la sentencia era nada menos que del marqués de Santa Cruz de Marcenado— de labios de Olaso. Bastaba, ante un «quinto» como yo, la autoridad de quien, como Olaso —más adelante nuestro teniente, siempre nuestro maestro —era voluntario del 19 de julio, herido en Oyarzun con el Tercio de Lácar—, bastaba eso para refrendar la obediencia y «estar contento de estar en el cuartel». Aunque entonces cuarteles como el de Vergara se hallaron durante meses bajo el fuego de las granadas. El 4 de enero de 1937 se nos dio la orden. El 5 nos hallábamos en Vergara.



Motivos del recuerdo

Viaje desde Pamplona en un lento tren, ya viejo en 1920; tropas, abarrotando los destartados vagones, vociferando en las estaciones: Zuasti, Irurzun, Huarte-Araquil, Echarri-Aranaz —la Navarra vascona entre «San Donato» y Aralar—. Alsasua, Zumárraga —ésta ya con los sonos y retumbos de los cañonazos y disparos de las líneas del frente— cantando aquellas primeras jotas navarras popularizadas por la guerra:

«Viva Navarra valiente.
la Provincia noble y brava.
la que abandona los campos
para salvar a la Patria»;

o aquella otra, recién dejada Pamplona, que abría la puerta a la primera nostalgia:

«A las orillas del Arga,
las golondrinas cantaban,
y en sus trinos repetían:
¡qué hermosa tierra es mi Navarra!»

Negra carbonilla en los sucios andenes de la estación de Alsasua. Chicoleos a las mozas en los andenes. Larguísimos trenes de mercancías llenos de atalajes bélicos: cañones, mulos, más soldados. Autobús de Zumárraga a Vergara. Tarde fría y gris, amenazando nieve. Víspera de Reyes, clima de guerra en el Alto de Descarga; fogonazos en los Inchorta, en las faldas del sombrío y escarpado Udala; retumbar de cañonazos; «pac-cum» de los fusiles, y el tijeretazo de las ametralladoras respunteando la tarde, ya de caída. Escolta del teniente coronel —García Valiño— a la entrada de Vergara, en un chalet sobre la carretera de Anzuola, con alto cerco de piedra sillar. Y el propio teniente coronel por las calles: gorrillo cuartelero, traje marrón oscuro, de pana acanalada, y los «huevos fritos» —estrellas de teniente coronel habilitado— sobre fondo de paño negro. Junto a Valiño dos comandantes: «el de los ojos azules» — ¿Gómez?—, con el uniforme azul y rojo de la Infantería de Marina, y «el de las gafas azules» —

Jorge Vigón—, artillero de la 1.^a Brigada. Cruzamos frente a los jefes —mochila en bandolera, briches y bandas de lana sobre las piernas, abarcas navarras y cartucheras flamantes— y saludamos llevando la mano a la boina roja. ¡Primer saludo militar en el frente!

Nuestro cuartel —almacén destartalado a cuyo final una galería encristalada, que bien poco duró, daba a Elgueta y al emplazamiento, a tiro directo, de los cañones rojos del 10 y del 15,5— se hallaba frente al edificio de Correos de la Villa, edificio de sillería ocupado, en parte, por la Plana Mayor del cuartel general de la 1.^a Brigada de Navarra.

Presentados al alférez que mandaba la sección —Pepito Urtubi—, éste nos designó alojamiento y ordenó los relevos para las posiciones y líneas de trincheras. Desde el 6 de enero al 31 de marzo una rutina «en rueda» —trincheras, posiciones, servicio en éstas; descansos en Vergara— ocupó nuestro afán de servicio y sacrificio. Que era todo.

Película del recuerdo

«Fonda Gaspar», establecimiento que ocupamos, casi al completo, los 15-20 hombres de la 1.^a Sección. Al llegar Olaso y yo encontramos instalados a «los primeros de la 1.^a», incorporados unos días antes: Damián, Echarte, Francisco, Izpura (navarros), Mendoza, Valdivielso, los Bianchi, Cotarelo (guipuzcoanos), y más guipuzcoanos todavía, del mismo Vergara: Elósegui, Lasa, Ayastuy, Claudio —con pelos hasta en el ombligo y manazas inverosímiles en un técnico de radio—, Urtubi y el capitán Tellechea, Más adelante se incorporó José Mari Lizarralde, «puntal» de «los guipuzcoanos» de la Sección. La composición de ésta, su nacimiento, el modo en que llegó a ser núcleo y matriz del tercio de R.R.C. —todo ello desconocido entonces a los voluntarios recién incorporados— lo explicaba entonces, luego de oír a Urtubi, «primero entre los primeros», el bueno de Claudio: «¡Providencial, hombre, providencial!» Almuerzos calientes en «Casa Gaspar», nunca pagados «del todo»; ranchos en frío en los

ejercicios de entrenamiento por los montes y pinares que rodeaban Vergara, y se hallaban, casi todos, batidos por el fuego enemigo; porteo de los aparatos —radios de 13 kilogramos, con mochila de espalda y antenas fijas para instalar en las cimas y contrapendientes de las posiciones y en los bordes de las trincheras, referencias magníficas para los tiradores de enfrente—; sudor en las ascensiones por las escarpadas laderas cercanas a Anguiozar, a Mártires, o Muneta; carretera de Placencia de las Armas, siempre batida; meriendas en las confiterías vergaresas, en un ambiente decimonónico, con bizcochos de Mendaro y «chocolate a la española»; Hospital de sangre en plena línea de fuego; bromas a «Mefistófeles» —José Antonio Bianchi, el gran técnico, y luego, con su hermano, ya en la paz, poderosos industriales— y a Paco Armengou, catalán ejerciente y simpático. Paseos hacia «Los Mártires» para, desde la ermita de Santa María, al amparo de sus soportales, «ver» de cerca las explosiones de los obuses, con el deseo —inconsciente temeridad— de que nos cayesen todavía «más cerquica», las granadas (los tiempos del Ebro, en que toda protección de cemento llegó a parecernos deleznable, estaban muy lejos).

¡Qué invierno aquél! En Vergara tomó cuerpo la sección 1.^a de R.R.C. adscrita a la 1.^a Brigada de Navarra. Allí se forjó su personalidad tan especial: cantón autónomo, más dependiente de los mandos de la Brigada que de los propios mandos del Tercio, del que fue núcleo iniciador; mandos, los de nuestro Tercio de R.R.C., lejanos —para nuestra Sección— durante toda la guerra. La pequeña unidad especializada fue un gran éxito. Casi todas las unidades de la 1.^a Brigada de Navarra —luego 1.^a División—, desde el Batallón (a veces hasta la compañía de vanguardia en los asaltos) a la media brigada y agrupaciones, tuvieron sus escuadras —cabo y dos hombres—, sirviendo los pequeños aparatos transmisores—receptores, adaptados para la guerra por técnicos magníficos.

¿Recordáis, amigos? Vemos al alférez Urtubi, de ganchuda nariz y potente voz atenorada, entonando su canción favorita: «*Quié-*

reme, mi mulatona, quiéreme, / dame el alma en un beso y dime adiós, / olvídate de mí pues el destino, / ha puesto un hondo abismo entre los dos». Canción coreada por toda la Sección, y que hacía poner en blanco los ojos a Eusebio Izpura, Urtubi, el mismo que, dos años después, mandaba las secciones de R.R.C. instaladas —por él, Armengou, Londaiz y Alejandrino García— en las flotillas de lanchas torpederas; el gran «Pepito», con su estrella de Infantería, transformada, después en las barras doradas de teniente de Marina. Ved a los hermanos Bianchi (sí, los creadores en la paz de las potentes industrias de material eléctrico y acumuladores); ved a uno de ellos, José Antonio, el de cejas espesas y circunflejas, el de la larga y acaballada nariz y tez rubiasca, al que siempre conocimos por «Mefistófeles»; ved a Armengou, con sus briches de lona; a Lostalé: «*Lostalé, gran Lostalé, / que hizo la Radio Tudela, / y las antenas dirigidas, / oh, Mariano Lostalé*», como le cantábamos con musiquilla tan ramplona como la letra era absurda. En fin, a todos los que adaptaron y mantuvieron en servicio, en una guerra moderna, los frágiles aparatos.

La Comución Tradicionalista, organizadora del Tercio de R.R.C. —Urtubi nos cuenta en el Apéndice I de este libro el nacimiento de la unidad a través de una conversación con Esteban Ezcurra, jefe del requeté navarro—, los puso al servicio del Ejército nacional, apuntándose así un tanto de excepción, pues de los pesadísimos transmisores —receptores fijos—, casi inmuebles con su apariencia de centralilla eléctrica, propios de la guerra inmóvil, de trincheras y fortificaciones y plazas sitiadas, se pasó al antecedente inmediato de los de la segunda guerra mundial, los *talky walky* -. El «puente» de tal paso lo fundamentaron nuestros aparatos— «transceptores N.C.A., de 13 kg, de peso, de fabricación norteamericana para ondas ultracortas, transmitiendo en la banda de 56 Me/s con potencia de salida de 1w», según testimonio de Urtubi— que acompañarían a los P.C., a los batallones y a las compañías de asalto durante toda la campaña.

Película del recuerdo

Muneta, posición dominando el cruce de carreteras y ferrocarriles de Málzaga; situada en la misma cima del monte, con una avanzadilla a 500 metros, ya en la ladera hacia Éibar. Subíamos desde Placencia por un empinado camino empedrado, entre zarzales y helechos; cada semana nos relevamos en la posición. Frente a ella, Arrate y el Kalamúa, donde se situaban otras radios de nuestra Sección; con ellas enlazábamos cuatro veces al día. ¿Recuerdas, sargento Olaso —pues lo eras entonces—, o recuerdas, Pachi Díaz de Cerio, de la escuadra en la que yo me integré, aquella «chabola» en la cresta del monte, luego destruida por un impacto directo del «quince y medio»? Para mí —no para Olaso, veterano del 19 de julio y herido en la toma de Oyarzun; no para Pachi, más veterano todavía, pues se alzó, desde Bargota, el 17 de julio y apareció el mismo día en Logroño, «a tomarlo», junto con Luisón, con el que siguió los primeros meses en el Tercio del Rey, en tierras de Castilla, por Somosierra y Navafría—, para mí, digo, las de Muneta fueron las primeras emociones de la guerra. Unas dramáticas (allí tuve que leer, con el alma en un hilo y la angustia en la garganta, la tremenda lista de cerca de 400 nombres de los asesinados en Bilbao el 4 de enero de 1937, en las matanzas de los barcos —en ellos fusilaron a dos parientes míos, los Orovio Larrosa—; de las cárceles —Larrinaga, Los Ángeles Custodios y El Carmelo de Begoña—; para cerciorarme de si entre los muertos se encontraba o no mi padre); otras cómicas (la incapacidad de Francisco para guisar; la inscripción en el dintel de la chabola que sacaba de quicio al «brijada» Aznar, del 1.º de América: «¡Viva la mierda!»; y en la que —en la chabola— organizábamos tertulias nocturnas —que solían disolver los obuses disparados desde Elgueta y altos de Éibar— con Goldaracena y Caro, voluntarios en la Sección, y que estuvieron poco en ella, y con Julián Vergara, el jugador internacional de Osasuna, soldado del Regimiento de América, que fue herido de metralla meses más tarde, y que acudía con sus «fans» del Batallón, pues «ya entonces era famoso», no sólo como héroe del fútbol navarro, sino como narrador de cuentos y

sucedidos de Olite, donde había nacido) y, finalmente, otras emociones itinerantes, aventureras y casi intelectuales: salidas nocturnas de la posición atravesando las alambradas y la avanzadilla, en busca de gallinas y conejos por «los barrancos de nadie» y por los caseríos abandonados y en ruinas entre las líneas; bombardeos de los cañones de Elgueta, Éibar y los Inchorta; visitas a la Batería del comandante Sanz, en la que servían como alféreces provisionales Antonio y Javier Sagasetta y Pedro María Ortiz, con los que sosteníamos báquicas y estudiantiles discusiones.

Invierno «del parón» en el Norte, con sus relevos y sus partes diarios: «Ejército del Norte: sin novedad, con ligeros tiroteos y fuego de cañón». Invierno con las subidas y bajadas a las trincheras —siempre en los montes—; las estancias de descanso en Vergara —casino, meriendas de «glorias», «rellenos» y chocolate—; los breves permisos —unas horas— pasados en Pamplona y, despojados del atuendo militar, «de paisano y corbatica», como decían los Eliso al volver de su pueblo, Arróniz; la vida del soldado: gritos, cánticos, barullo en las calles atestadas; ir y venir de hombres y máquinas en guerra, y, de vez en cuando, las explosiones de las granadas, los muertos y heridos diarios «en la plaza»; los «pasos» batidos en Mártires y Placencia de las Armas, y la carretera, «por donde Altos Hornos y el bar Zabala», hacia Mondragón, dominada por el Udalaiz y tiroteada y cañoneada constantemente por las baterías rojas de los Inchorta.

Película para los primeros

Olaso, Damián, Pachi, Lostalé, Lizarralde, Pagola, Gastaminza, «Valdi», Echarte, Llanos, Manolo y José Luis Marañón, Valero, Garitano, Mendoza, Juanito Torre, «Calvoroto», los Segurola, Manu y Estanis. Os veo entonces: a ti, Olaso, cumplidor, exacto, fumador de pipa, ya respetado y querido por los jefes; a ti, Damián, chicoleador — ¡ay tus azules ojos posados en las rubias vergaresas!—, optimista *enragé*, enterado de todos los

secretos militares; a Pachi, espécimen del carlista y de los gritos carlistas, que, *oportune et importune*, llenaban y salían desentonadamente de tu garganta; a ti, Lizarralde, número 1 del «equipo guipuzcoano», su líder moral y efectivo, organizado, puntual, sabedor del calendario y de todo el santoral del año; a ti, Mariano Lostalé, brujo de la electricidad, de las frecuencias, de las ondas y —tú lo decías— «demás pichorradicas»; a Pagola, flaco, estirado, huésped en Vergara, pues él se acomodaba, con su inseparable Gastaminza —«Pagominza» y «Gastagola» los llamábamos— en los puestos y trincheras que defendían Elgoibar (Kalamúa, «la Dos», Arrate), en donde alternaban con los Marañón, Izpura, Valero y aquel inefable Hilario Hernando («Don Hilario»), hombre barbilampiño, de edad indefinida y aspecto de casero viejo, que desapareció pronto de la Sección; a ti, Valdivielso, bullidor, conquistador, donostiarra castizo «del Antiguo»; José Luis y Manolo Marañón, Valero, los Seguro, falangistas todos ellos, que con sus camisas azules predicaron la verdad de la unión de los combatientes nacionales en la guerra (al menos así fue en nuestra Sección); a Echarte, hombre discutiador y polemizante aquellos días, algo fantasioso y mandorrotón ... , y ¡Mendoza!, el aristócrata extremeño de aspecto indescriptible: feo, gordo, pelo de lana, neozelandés, haciendo juego con las peludas medias que, junto con el pantalón de pana gorda, le duraron (¡yo lo juro!) toda la guerra; Mendoza, Alfonso de, corazón de oro, bromista y cara dura de natural; excéntrico, sin pizca de esnobismo («qué hay, tío pinta!»), demócrata, pero marqués: amigo de todos y admiración de Valiño. Siendo Mendoza, en ausencias de Olaso, el sargento más antiguo y al mando de la Sección, cuando, en operaciones o en descansos pedía la orden a Valiño, Jefe de la 1.^a de Navarra, solía parar con un gesto el coche del general o le abordaba en su P.C., su puesto de mando, y sin saludar siquiera, con las manos en los bolsillos del pantalón de marras, o en los de una violácea y gruesa cazadora de paño que casi nunca se quitaba, interpelaba a Valiño:» Hola qué hay, qué hay para mañana!». Los ayudantes y enlaces de Valiño — hombre ordenancista y rígido si los hubo—, palidecían ante tan insólita y «fresca» petición de órdenes. Pero a Valiño le caía en gracia. No se dieron, creo, muchos casos así.

Invierno de «sin novedad en el frente» (los partes oficiales en los meses de enero a marzo del 37 repitieron para el Ejército del Norte la acuñada expresión: «Sin novedad en los frentes de Guipúzcoa y Vizcaya»), en el que la nostalgia del hogar, de Navarra y de la novia, se expresaba en las canciones que yo recuerdo hoy como representativas de aquel tiempo de guerra, una guerra todavía adolescente:

«No llores, chaparrita,
no llores por tu Pancho,
que si se va del rancho
muy pronto volverá»

«Ayer noche y anoche
y esta mañana
me ladraron los perros
de doña Juana,
guay, ay, ay, ay»

«Como las cañas huecas
son las mujeres:
si las miras un poco
locas se vuelven
guay, ay, ay, ay.»

«Como la perdiz herida,
que baja a morir al soto,
así está mi corazón
cuando te veo con otro.»

«Los ojos más soñadores
los tiene mi colombiana,
y yo me muero de amores
por esa rosa temprana,
que es un manojo de flores,
mi querida colombiana.»

Terminado con la del «*Adiós, Pamplona, / Pamplona de mi querer, mi querer, / adiós, Pamplona, cuando te volveré a ver*»; o con la

que fue constante en los combatientes navarros en todos los años de la guerra:

«Adiós, Pamplona, que es mi Navarra.
Adiós, pero no pa siempre.
Que si cien años viviera,
cien años vendría a verte.»

Pero ya, sobre el día 21 de marzo, las tropas comenzaron a moverse, y los primeros nos movimos nosotros. Quiero dejar aquí constancia que en la Brigada, y luego en la División, la más segura «radio macuto» era, precisamente, nuestra Sección. Hasta el punto que se decía por los combatientes, y en todas las unidades: «¿Ofensiva? Seguro que sí, y pronto, pues ya han aparecido los de las *arradios*.»

Nos movimos de Vergara a Mondragón, de Mondragón a Escoriaza y luego a la ofensiva.

La 1.^a, después del «parón». No tuvo ya descanso «aparente» hasta el final de la guerra.

«Conocerse y conocer al enemigo, esto es lo imprescindible para la guerra», escribió hace tres siglos el sentencioso Melo en su *Guerra de Cataluña*. Pues bien, estábamos preparados. La 1.^a Brigada de Navarra estaba a punto.

Había pasado el invierno. Llegaba la primavera.